



El Niño Salvaje

JEAN M. G. ITARD

“El cuerpo entero lo tenía lleno de cicatrices, la más importante de las cuales se podía observar en el cuello. El “niño salvaje” —supusieron sus coetáneos— se habría salvado de ser asesinado en su más tierna infancia por puro milagro. Sólo un cúmulo de afortunadas circunstancias habría hecho posible su supervivencia en el medio natural. Y aunque nunca se supo nada más sobre aquellos días primeros de su vida, sus orígenes alimentaron todo tipo de rumores.”

De la introducción de Raimundo Viejo

La historia de Víctor, un niño abandonado a su suerte en los bosques de Aveyron y capturado en 1800, se hizo mundialmente conocida gracias a la magistral película de François Truffaut, *L'enfant sauvage* (1969). Recuperamos los dos informes que redactó en su momento Jean Itard, tutor e instructor del que se conocería como el niño salvaje. Además del sustento argumental de la película, estos textos constituyen un material único para la reflexión sobre aquello que somos y como lo hemos llegado a ser.



El Niño Salvaje



Si quieres el libro completo puedes encontrarlo en librerías
o en nuestra página web:

www.artefaktes.com

2013



Primera edición en Artefakte: Noviembre de 2012

De los textos originales de Jean Marc Gaspard Itard *Mémoire* (1801) et *Rapport sur Victor de l'Aveyron* (1806)

De l'éducation d'un homme sauvage ou des premiers développements physiques et moraux du jeune sauvage de l'Aveyron, publicados en Paris en 1801 (Goujon)
Rapport fait à son Excellence le ministre de l'Intérieur, sur les nouveaux développements et l'état actuel du sauvage de l'Aveyron, publicado en 1807 (Imprimerie impériale)



Licencia Creative Commons 3.0 España. Reconocimiento/No comercial/
Sin obras derivadas

© Traducción: Diego Luis Sanromán y Gaëlle Suñer

© Introducción: Raimundo Viejo

© Grafismon: Gorka García Hernández • www.GoToo.es

© Artefakte, 2012

www.artefaktes.com

info@artefaktes.com

Impresión:

ONA Industria Gráfica

Polígono Agustinos, C/F 31013 – Iruña – Nafarroa

www.onaingraf.com/

ISBN: 978-84-940654-1-5

Depósito legal: B.31.821-2012

JEAN M. G. ITARD **EL NIÑO SALVAJE**

Índice

“Víctor de Aveyron o la libertad de los campos”, por Raimundo Viejo	11
El niño salvaje La educación de un hombre salvaje o los primeros desarrollos físicos y morales del joven salvaje de Aveyron (1801)	29
Informe destinado a su excelencia el ministro de Interior sobre los nuevos desarrollos y el estado actual del salvaje de Aveyron (1806)	95

Víctor de Aveyron o la libertad de los campos

La captura

Corría enero de 1800 y en la remota comarca de Aveyron era capturado un niño de unos once o doce años. Tres años antes, en el departamento vecino de Tarn, el mismo niño había sido atrapado ya por una viuda que no pudo evitar su huida. Durante el tiempo que siguió fue avistado en diferentes ocasiones, siempre en la lejanía y de manera fugaz. Con la llegada del nuevo siglo, tres cazadores que vagaban por los bosques de Saint-Sernin-sur-Rance se toparon con él y lo persiguieron. En busca de un lugar donde guarecerse, el niño se coló en la casa taller de un tintorero. Allí fue descubierto y aprehendido al fin, pasando a disposición de las autoridades locales que lo enviarían a Sainte Affrique, primero, y a Rodez, poco después. Sería en esta segunda localidad donde Pierre Joseph Bonnaterre, abad y naturalista —uno de los primeros especialistas franceses en adoptar el sistema de Linneo—, se haría cargo de su caso. Desde el primero de los numerosos exámenes científicos a los que el niño sería expuesto, demostraría una formidable resistencia a la intemperie, impropia de cualquiera de su edad. La suya parecía ser una naturaleza otra que la humana; más indómita, salvaje. Quedaba fuera de toda duda, en cualquier caso, que su condición se había forjado en las más adversas condiciones.

Los testimonios de aquellos primeros días nos hablan de un ser que no deseaba otra cosa que liberarse y huir; escapar de la sociedad de los hombres, retornar a la seguridad de los bosques. Su aspecto salvaje, la

mirada animal y carácter indomeñable producían tal impresión a quienes lo observaban, que hubo incluso quien dudó de su condición humana (la clasificación de Linneo preveía, de hecho, un lugar para casos como el suyo). Su pelo era enmarañado, hirsuto y largo; su cuerpo, desnudo, sucio, pestilente y su conducta, entre bravía e idiota. Se balanceaba a medio camino entre un simio y un autista. Su gestualidad era brusca, ruda, abrupta. A duras penas alcanzaba a emitir otra cosa que algunos gruñidos embrutecidos y sollozos lastimeros.

El cuerpo entero lo tenía lleno de cicatrices, la más importante de las cuales se podía observar en el cuello. El “niño salvaje” —supusieron sus coetáneos— se habría salvado de ser asesinado en su más tierna infancia por puro milagro. Sólo un cúmulo de afortunadas circunstancias habría hecho posible su supervivencia en el medio natural. Y aunque nunca se supo nada más sobre aquellos días primeros de su vida, sus orígenes alimentaron todo tipo de rumores. En dos ocasiones fue el niño visitado por sendos hombres que habían perdido a sus hijos durante los días de la Revolución. Ninguno de ellos quiso, sin embargo, reconocer al niño salvaje como su vástago perdido. Circularon también algunas habladurías acerca de un notario que lo habría abandonado a causa de su mudez, pero nada pudo ser demostrado (ni la mudez siquiera). Al cabo de un tiempo, todas estas conjeturas fueron olvidadas sin resolver.

La sociedad de los hombres

Desde el día mismo de la captura del “salvaje” se armó tal revuelo en la región que su caso no tardó en despertar el interés de París. Allí acabó siendo enviada la criatura,

que pronto se vio convertida en poco menos que una atracción de feria para la bienpensante sociedad de la Ilustración. Durante décadas en salones y clubs se había leído, hablado y discutido prolíficamente sobre el mito del *bon sauvage*. Una vez en la capital, todo el mundo quería ver el mito hecho realidad. El pequeño tuvo que acostumbrarse durante un tiempo a ser el objeto de la curiosidad de los visitantes de las distintas instituciones en que iba siendo recluido. El salvaje de Rousseau había llegado al París de la Revolución. En la Francia que acababa de instaurar una nueva modalidad de soberanía (la soberanía nacional) el caso del “salvaje de Aveyron” rápido se convirtió en un asunto de Estado.

En efecto, desde que el artículo primero de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano había proclamado que todos los hombres *nacían* libres e iguales en derechos y deberes, la cuestión de la condición humana y la igualdad de nacimiento (o “nación”) se había vuelto decisiva. No por nada la distinción entre “hombre” y “ciudadano” venía a reflejar, precisamente, la ambivalente relación de la soberanía nacional con el animal humano y el hecho político fundamental de su nacimiento. Como bien apuntó en su día Michel Foucault ¹, tras la Revolución de 1789 el nuevo príncipe soberano ya no era un señor feudal que ejercía directamente el poder, sino un mando impersonal efectuado desde el interior de los cuerpos por medio de un “poder de muerte que le confería el control sobre la vida” (*vitae necisque potestas*). En la propia terminología de Foucault: un “biopoder”. Las instituciones biopolíticas del Estado nacional de-

.....
¹ Vid. Michel Foucault, *Histoire de la sexualité*, vol. I, “La volonté de savoir”. Paris: Gallimard, 1976.

bían, pues, diagnosticar esta “anomalía salvaje”² de los bosques y resolver las contradicciones que planteaba con su mera existencia el muchacho capturado en Saint-Sernin-sur-Rance.

Sobre el niño se centró entonces la atención de los más afamados científicos. Habida cuenta de lo que estaba en juego, el aparato médico del Estado, encabezado por Philippe Pinel, director del manicomio de Bicêtre, se aprestó al diagnóstico del “salvaje” con el mayor de los detenimientos. Su conclusión fue inequívoca y por ello mismo reveladora: el niño era un deficiente mental irremediable, un caso perdido para la sociedad. Sin embargo, por suerte para él, entre los asistentes a las sesiones del Dr. Pinel se encontraba un joven científico que acababa de finalizar su doctorado y para quien las conclusiones finales distaban mucho de ser satisfactorias. A Jean Marc Gaspard Itard —pues así se llamaba— le sería ofrecida la oportunidad de diseñar y llevar a cabo un plan de tratamiento e instrucción del niño. Las autoridades públicas facilitarían al investigador los recursos necesarios y el proyecto no tardaría en ser puesto en marcha.

A partir de entonces, el muchacho pasó a estar bajo la responsabilidad del joven doctor en todo lo concerniente a su desarrollo intelectual y de la señora Guérin —el ama que se haría cargo de él hasta el final de sus días— en todo lo relativo a los cuidados del cuerpo. Los dos informes que ahora prologamos, redactados en 1801 y 1806 respectivamente, fueron el resultado de la esmerada labor de un investigador meritorio y

.....

2 Aunque, en lo que sigue, nos referiremos a la “anomalía salvaje” en más de una ocasión, acaso sea conveniente advertir que el recurso a esta expresión, si bien intencionalmente evocador, no se relaciona de manera directa, ni por completo congruente, con el título de la conocida obra de Toni Negri. Con todo, este prologuista se reconoce en impagable deuda para con el teórico operaista. Vid. Antonio Negri, *La anomalía salvaje*, Barcelona: Anthropos, 1993.

meticuloso. El tono cambia, ciertamente, de uno a otro, haciéndose más pesimista sobre los resultados obtenidos y el futuro del joven en el segundo. Pero en cualquier caso, ambos configuran un relato del máximo interés, escrito con gran detalle y cuidado. La pluma de Itard nos sumerge de lleno en el ambiente de la época y nos transmite toda la emoción de un caso fascinante. Desafortunadamente, desconocemos lo que puede haber sido la visión de la señora Guérin, a buen seguro quien mejor llegaría a conocer al pequeño.

El civilizado y el salvaje

En los años siguientes, Itard se encargaría de la instrucción del crío que dio en bautizar con el nombre de Víctor. Desde el primer momento ambos se implicaron en un complejo entramado de relaciones de las que acaso la que guardaron como maestro y pupilo haya sido siempre la más evidente y destacada. No obstante, si se quiere pensar el caso de Víctor de Aveyron en toda su complejidad y riqueza, tampoco se puede dejar de tener en consideración otras modalidades de interacción igualmente presentes en su historia y no menos interesantes a los efectos de la reflexión actual. Tal es el caso, por ejemplo, de la relación entre el científico y su objeto/sujeto de estudio o de la más oscura, compleja y sugerente relación, si cabe, entre el “niño-fiera” y el “hombre-civilizado”. A pesar de la predisposición de Itard a considerar a Víctor en toda su singularidad (identificándolo como uno de aquellos extraordinarios casos mencionados por Linneo y no como sordo, autista o aquejado de idiotismo), su interacción con el niño se vio marcada en última instancia por la insalvable irreductibilidad de la “fiera”

al “civilizado”. Tanto sus logros como sus fracasos hubieron de medirse por la voluntad de obtener de Víctor rendimientos homologables a su propio patrón de hombre civilizado, por lo que no pudo sino asumir con frustración las “limitaciones” de su pupilo. Cabe preguntarse por ello si las fallidas expectativas de Itard no lo fueron también —e incluso antes— para con la propia institución que Itard se vio obligado a encarnar ante Víctor.

La frustración de algunas de las principales aspiraciones de Itard no impidieron, con todo, que su trabajo llegase a convertirse en un aporte fundamental al conocimiento sobre el desarrollo del niño. Más aún, la obra de Itard contribuyó sobremanera a profundizar en la casuística anómala que plantean, todavía en nuestros días, los denominados niños “salvajes”, “ferales” o “ferinos” (*feral children*), esto es, los casos contados de niños que, criados por animales, confinados o en la naturaleza, se han visto privados de toda socialización primaria³. Consciente de hacerse responsable de uno de estos casos singulares, Itard ideó con inaudito rigor metodológico un exigente plan de instrucción para Víctor. A pesar de sus esfuerzos, sin embargo, lo salvaje en el niño se demostró, una y otra vez, una formidable resistencia a la acción del instructor. En Víctor, todas las relaciones imaginables por un mando biopolítico operaban de acuerdo a unos parámetros ajenos por completo a las figuras del maestro, el científico, el civilizado y cualquier otro rol que, en definitiva, pudiese adoptar Itard respecto a su unívoco ser.

.....
 3 Sobre los “niños salvajes”, *vid.* recuadro al final de esta misma introducción.

¿Quién interroga a quién?

Desde que Víctor es puesto bajo la custodia de Itard, instructor y alumno inician —ya tarde para la socialización del pequeño— una simbiosis que pondrá de manifiesto las limitaciones de la existencia individual aislada. En la relación simbiótica que ambos entablarán bajo la autoridad de Itard, las sucesivas resistencias y fugas de Víctor dejan tras de sí el relato de un biopoder puesto a prueba, de un mando confrontado a su irreductible animal. No obstante la superioridad aparente de la figura del instructor, la colisión de los mundos de Itard y Víctor desvela las limitaciones del primero ante lo salvaje. El encuentro de Víctor con Itard, de hecho, no sólo interroga al niño feral, incapacitado para trasladar su parte en la experiencia al terreno del argumento, sino que hace lo propio con su instructor, de quien sí resulta mucho más fácil obtener respuestas. El relato de Itard⁴, de hecho, se articula como lectura biopolítica de Víctor y en él es posible, precisamente, leer las limitaciones epistémicas de Itard.

Henos aquí, pues, no únicamente ante “el salvaje”, sino también ante “el civilizado”; ante la particular modalidad de simbiosis que a ambos constituye: al primero en la inmanencia de su corporeidad animal, al segundo como agencia del mando efectivo instituido por el biopoder. Tal y como se trasluce en el texto de Itard, no sólo el niño experimenta una serie de mutaciones al interactuar con su instructor, también este transcribe la manera en que su propia subjetividad se constituye en el proceso; en sus fatigas y desesperación como en

.....
 4 Vid. François Lyotard, *La condition postmoderne*, Paris: Les Éditions de Minuit, 1979.

su ardor y entusiasmo. Y pese a la voluntad declarada de ser un observador objetivo, un agente parcial de emociones contenidas, su denuedo por alcanzar el éxito en su propia tarea nos desvela su estatus epistémico.

Éste es, en rigor, el *locus* que nos gustaría sugerir al lector contemporáneo de ambos informes; no ciertamente el lugar abstracto de la descripción positiva que informa el primer texto, ni menos aún el del ministro del Interior, destinatario del segundo. Desde esta perspectiva otra, que apuesta por una lectura postmoderna del relato de Itard, es desde donde la obra de Itard y, más allá de él, el caso de Víctor, adquieren un extraordinario valor. Y es que allí donde Itard se remite al método científico, a su concepción ilustrada, a su tarea docente, a su autodomínio, etc., Víctor nos responde siempre desde un lugar anterior, desde el lugar en que se radica nuestra propia condición natural, intacta, animal.

El animal humano y la política

Pero si Víctor hace que nos interroguemos por la condición epistémica de Itard, también nos aboca al cuestionamiento de la antropología política con la que se enuncia, en general, la moderna gramática del poder y, más en particular, su declinación liberal anglosajona de Hobbes y Locke a Berlin, Hayek o Rawls. Sabido es, gracias al monumental trabajo de C.B. Macpherson, que la gramática política de la modernidad —y más concretamente su variante anglosajona— encuentra sus raíces en la teoría política del individualismo posesivo⁵.

.....
 5 (de pg.anterior) Vid. C.B Macpherson, *La teoría política del individualismo posesivo*, Madrid: Trotta, 2005

Menos conocido es, sin embargo, que la moderna teoría política liberal anglosajona se funda, a su vez, sobre las premisas del método resolutivo-compositivo que condujeron a Hobbes a concluir que el individuo aislado podía ser considerado como una unidad básica de análisis suficiente para enunciar las leyes generales de la política⁶. De la crítica epistémica de este lugar común se pueden seguir no pocas consecuencias drásticas para la teoría liberal, pero, muy en especial, para los contenidos que articulan la antropología política individualista.

En efecto, para Hobbes y la tradición que con él se inaugura, el contractualismo moderno encontraría su fundamento teórico en la antropología política del individuo aislado; un “yo-desvinculado”, al decir de Michael Sandel⁷, que se comprendería a sí mismo como matriz de intereses autosuficiente, desligada de todo vínculo social o comunitario. En su celeberrima antropología política, Hobbes recurre al lobo para evocar en la mente la imagen de un individuo aislado como única figuración posible del animal humano en el estado de naturaleza. Frente al estado de naturaleza, destino seguro de guerra civil, solo aceptar el pacto que

.....

6 A imitación del proceder de la astronomía de Galileo con el estudio del universo, Hobbes entendía que la comprensión de la política requería igualmente la división del mundo en tantas partes como fuese posible para seguidamente poder formular, desde la identificación de sus elementales unidades constitutivas, el enunciado teórico de las leyes que regirían las relaciones entre tales partículas elementales. Gracias a esta epistemología de la reificación, el individualismo posesivo encontraría en la existencia del individuo aislado un axioma sin el que la gramática política liberal difícilmente podría legitimar la sociedad mercantilista. No es de sorprender, por ello mismo, que la figura del niño ferino cuestione al liberalismo anglosajón en sus más sólidos cimientos, contraponiendo una evidencia empírica justo allí donde siempre se ha gustado del empirismo como herramienta cognitiva.

7 Vid. Michael J. Sandel, «The Procedural Republic and the Unencumbered Self», *Political Theory*, nº 12/1, 1984.

instituye el poder absoluto (y absolutista) del Leviatán —el príncipe soberano de la modernidad— garantizará la paz social. El pesimismo antropológico es puesto así al servicio de una prescripción argumental —puramente intimidatoria en los términos ilocucionarios— que permite traducir la dominación *de facto* en dominación *de jure*, fundando con ello el moderno poder soberano.

Aun cuando el liberalismo anglosajón —desde Locke hasta hoy— haya intentado conjurarse a posteriori contra la figuración hobbesiana de lo salvaje por medio de la atribución al individuo del uso de razón, el hecho es que nunca ha cesado de enunciarse en el supuesto implícito de ese individuo aislado como apriori constitutivo de lo político. En contraposición a este callejón sin salida al que aboca el caso de Víctor, sin embargo, la genealogía de la teoría política moderna nos remite a un punto de escisión —a una vía abandonada de la modernidad, si se prefiere— en la que el niño feral de Aveyron nos interroga de forma especialmente productiva. Es en esta encrucijada histórica donde nos encontramos con la obra teórico-política de Johannes Althusius. En abierta oposición a Hobbes, Althusius identificará en la figura del simbiote la sola posibilidad de responder a la condición del animal humano⁸ y, por ende, a la exigencia heurística contemporánea de una antropología política otra a la del liberalismo anglosajón.

Llegados a este punto, si el caso de Víctor —como el de cualquier otro niño salvaje— en algo nos interpela

.....

8 Mucho menos conocido que Thomas Hobbes, Johannes Althusius enunció en su día una antropología política basada en la condición simbiótica del animal humano. Para Althusius nada somos fuera de la simbiosis (“ningún hombre es autárquico o suficiente por naturaleza”) y por nacimiento nada somos sino dependientes de la interacción que nos constituye como humanos en lo político. *Vid.* Johannes Althusius, *La política*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1990.

a los efectos de una alternativa actual, ello es en tanto que expresión concreta de la efectuación natural del individuo aislado. Su historia es, a fin de cuentas y por decirlo en términos althusianos, el relato de la ausencia de simbiosis en el momento crítico de la formación del sujeto. El caso del niño de Aveyron nos habla así de los efectos que comporta la carencia de una vida en sociedad, a la par que reclama para tal, el “vínculo” o “pacto” (*foedus*) que nos liga a un devenir radicalmente humano al tiempo singularidad natural y efectuación de toda la potencia de nuestra propia condición.

La “libertad de los campos”

Pero las lecciones a extraer del caso de Víctor de Aveyron no se acaban en el cuestionamiento de la antropología política del individualismo posesivo. La carga explosiva de su relato detona en serie, trazando una secuencia que desmorona el edificio teórico del liberalismo anglosajón. De esta suerte, a la crítica epistémica a que nos aboca la frustración del tutor de Víctor en la infortunada simbiosis que ambos establecen, sigue la apertura del animal humano⁹; la anomalía salvaje que da en interrogar el fundamento del mando biopolítico al poner en evidencia la manera en que somos constituidos por (y en) las relaciones de dominación a las que venimos a ser en el mundo cuando nacemos, cuando no somos más que nuda vida. Y si hasta aquí el nacimiento (la “nación”) únicamente podía ser leído en términos políticos como legitimación del biopoder (a la manera en que procedía la soberanía

.....
 9 Vid. Giorgio Agamben, *Lo abierto. El hombre y el animal*, Valencia: Pretextos, 2005.

nacional en la modernidad), ahora, su lectura puede conectarse a una escisión de origen, constituyente, a un antes que nos aboca a ser en el antagonismo social bajo el horizonte de la lucha del animal humano por su propia emancipación del mando.

No resulta difícil imaginar las implicaciones que para la propia definición de un concepto autónomo de la libertad puede tener lo anterior. Y es que si para el liberalismo la libertad se formula, inevitable, como “no-interferencia” —al igual que para el republicanismo lo hace como “no-dominación”¹⁰—, en una crítica autónoma de ambas matrices normativas, la idea de libertad reaparece siempre como la anomalía salvaje que desborda la constitución del sujeto desde su nacimiento. No-dominación y no-interferencia se combinan así de tal suerte que no es posible hablar ya de una escisión conceptual fundada en la figuración contractual de las relaciones entre individuos aislados (liberalismo) o en la razón garantista del poder estatal (republicanismo), sino entre simbiosis implicados en una relación social de poder siempre contenciosa y cambiante, a la manera de Víctor e Itard: libertad es, pues, el proceso de subjetivación antagonista que implica la emancipación, la serie de acciones que la hacen posible; la lucha por acabar, en definitiva, con toda forma de sujeción que se instancia en el animal humano. Ser libre, para Víctor no puede significar sino experimentar de manera antagonista su vínculo

.....

10 Frente a la matriz liberal, el republicanismo ha sido presentado a menudo como alternativa por un amplio espectro de los teóricos políticos contemporáneos. Mientras que la primera identifica la libertad como la no interferencia (alguien es libre porque no hay agencia alguna que interfiera en su voluntad individual), para el segundo la libertad sólo es tal bajo la ausencia de cualquier forma de dominación, ausencia en todo caso garantizada en exclusiva por el imperio de la ley. Para una discusión de las matrices teóricas republicana, liberal y autónoma, *vid.* Raimundo Viejo, *Principis de la ciutat*, Barcelona: Fundació Nous Horitzons, 2010.

simbiótico con el medio natural en abierta oposición al medio social —por más que amable, disciplinario y dominador— que le brindan Itard y la señora Guérin.

En este sentido, el constante anhelo de Víctor por la “libertad de los campos” —así Itard para esta libertad anterior y todavía hoy exterior a la *civés*— se instancia en la capacidad innata de su pupilo para indignarse ante el abuso, para revolverse contra todo mando y demostrar un sentido de la justicia anterior a la propia palabra (al *logos* que Aristóteles quiso ver separado de la *phoné* en su paradójica construcción del animal humano como *zoon politikon*). La “libertad de los campos” es la libertad de desobedecer y conflictuar con todo mando desde la propia dignidad de nacimiento. Se trata de una libertad que se instancia desde el origen y que responde a la llamada de lo salvaje en nosotros.

Sin lugar a dudas uno de los pasajes más reveladores de la obra de Itard lo constituye el relato de su experimento consistente en infligir al desdichado Víctor una injusticia. La alegría de Itard ante la capacidad de Víctor para indignarse no tiene que ver, empero, con el progreso de la humanización del niño salvaje tanto como con su condición intrínseca de animal humano. Y así, antes bien, nos apunta a la necesidad de repensar los términos antropológicos en que se formula en el mundo contemporáneo la relación del biopoder con la teoría política y ésta, a su vez, con el antagonismo.

Víctor, más allá de Itard

Los objetivos de Itard por enseñar a Víctor a hablar y a comportarse de acuerdo con las pautas sociales de su época nunca alcanzaron su fin. En su segundo informe, Itard se rinde a la evidencia y expresa con mayor

claridad su preocupación por lo que será del niño de Aveyron en el futuro. Para la suerte de Víctor, el Ministerio del Interior aseguró su ulterior cuidado con una pensión de 150 francos que permitieron a la señora Guérin seguir realizando su labor durante veinte años más. Otros instructores continuaron intentando la educación del muchacho hasta que 1815 se dio su caso por imposible.

Víctor de Aveyron falleció en 1828. Su historia y los informes que de su educación nos legó Itard siguen siendo un relato apasionante que no cesa de abrir interrogantes del mayor interés para la reflexión contemporánea. Ya sea desde la teoría política, la filosofía, la antropología, la sociología, la psicología, la pedagogía o cualquier otra disciplina del saber humano, el caso de Víctor es uno de los más destacados y dignos de atención. A cada quien de descubrir en las páginas que siguen las posibilidades de este relato evocador tan magistralmente filmado por el cineasta François Truffaut y de encontrar en esta fuente de primera mano, nuevas preguntas o respuestas a la altura de los tiempos que nos ha tocado vivir.

Raimundo Viejo
Barcelona, octubre 2012



El Salvaje de Aveyron

Los niños salvajes

La figura del niño salvaje, ferino o feral hace referencia a la serie de casos singulares de crías del animal humano que, apartados por algún motivo de la vida en sociedad, crecieron privados de toda socialización primaria y vieron condicionado el desarrollo posterior de sus facultades (notablemente el lenguaje). Su carácter infrecuente abarca, con todo, una casuística compleja que va desde aquellos casos en los que el niño simplemente ha sido recluido y privado de todo trato social (por ejemplo, Kaspar Hauser), hasta aquellos otros mucho más excepcionales en los que la vida ha podido llegar a desarrollarse en total desconexión de los seres humanos. De entre estos últimos, Víctor de Aveyron es seguramente el más célebre de todos.

La diagnosis

Los niños salvajes carecen de las habilidades sociales que normalmente se adquieren durante el proceso de enculturación. Así, estos niños, ajenos a la vida social, pueden no llegar a hablar, a caminar erguidos, a usar el retrete o interesarse lo más mínimo por la actividad humana que les rodea. Esto último ha hecho que a menudo se les considerase autistas. Así sucedió a Víctor de Aveyron, considerado como aquejado de idiotismo y que nunca llegó a poder hablar por haber pasado aislado el periodo crítico de la infancia en que se forma el lenguaje.

¿Por qué interesa?

El interés del niño salvaje radica en que nos permite abordar cuestiones fundamentales sobre nuestra condición desde casos desviantes: ¿requiere la condición humana la naturaleza social del animal humano?, ¿somos individuos egoístas por naturaleza -singularidades con una matrices de intereses propia anterior a toda vida social- o nos hacemos en la interacción simbiótica con los demás?, ¿disponemos de ideas, valores o intereses innatos o por el contrario son estos el resultado de la vida en común? Las preguntas se suceden y los casos contados de niños salvajes nos fascinan.

Niños salvajes en la mitología

Desde tan antiguo como la leyenda épica de Gilgamesh, donde Enkidu era criado por bestias, el mitema del niño feral ha encontrado su expresión en todas las culturas: Rómulo y Remo, fundadores de Roma; Mowgli, protagonista de El libro de la selva (Rudyard Kipling); o Tarzán y su inseparable simbiote, Chita, son buenas muestras del impacto de los niños ferinos sobre los imaginarios populares. El propio Peter Pan, criado en el mundo de Nunca Jamás, ha sido identificado por los especialistas como el niño que, ajeno a la socialización, se resiste al devenir civilizado.

Algunos casos destacados de niños salvajes

- Los “niños lobos” de Hesse (1341-1344).
- El niño de Bamberg (fines del siglo XVI) criado entre rebaños.
- El “niño oso” lituano (1663).
- Marie-Angélique Memmie Le Blanc, la niña de Songi (Champagne, 1731).
- Victor de Aveyron (1797), protagonista de la película de François Truffaut *L'enfant sauvage*.
- Kaspar Hauser (comienzos del siglo XIX). Werner Herzog contó su caso en *El enigma de Kaspar Hauser*.
- Kamala y Amala, criadas por lobos (Calcuta, 1920).
- Marcos Rodríguez Pantoja, Sierra Morena (solo entre 1953 y 1965) llevado al cine en el film *Entrelobos*.
- Genie, Los Ángeles (1970), da origen a la película *Mockingbird Don't Sing* e inspira la película *Nell*.
- Hospital Baby, a diferencia de lo habitual en los niños ferinos, era capaz de llorar (Sierra Leone, 1984).
- Oxana Malaya (Ucrania, años noventa), criada por perros, fue defendida por estos en su captura.
- Belo, criado por chimpancés durante año y medio (Nigeria, 1996).
- John Ssebunya, se crió con monos vervet (Uganda, 1991).
- Sunjit Kumar, criado por gallinas (Islas Fiji, 2005).
- Lyokha, criada por lobos en Kaluga, capturada y huida, se supone aún viva (Russia, 2007).
- Chhaidy, capturada a los cuatro años, regresó a la selva 38 años más tarde (India 2012).



Si quieres el libro completo puedes encontrarlo en librerías
o en nuestra página web:

www.artefaktes.com

2013



Jean Marc Gaspard Itard (Oraison, 1774 - París 1838), médico especialista en patologías del oído, humanista y pedagogo es conocido internacionalmente por haber sido tutor e instructor del joven salvaje capturado en 1800 en Aveyron y al que bautizaría con el nombre de Víctor. En 1793, durante el asedio de Toulon, se convirtió en el director del hospital militar, despertando su interés por la medicina. A partir de 1795 estudiaría cirugía en Toulon, trasladándose luego a París donde se doctoraría en 1802.

Inspirándose en el empirismo de Locke y el sensualismo de Condillac, desarrolló su propio método alrededor del estímulo de las funciones lingüísticas y cognitivas. Ante una sociedad curiosa por descubrir los entresijos del proceso de civilización de un joven en apariencia aquejado de *idiotismo*, Itard aportó innovadores datos sobre la “inclusión educativa del ser no civilizado”, contribuyendo en gran medida a la fundación de la moderna psiquiatría infantil. Identificó asimismo, por vez primera, la sintomatología del que se conoce como Síndrome de Tourette.

